

VARIACIONES ALREDEDOR DE UN MAL DE CABEZA
 Variations around a head fever

Bruno Mazzoldi
instantesyazares@yahoo.com.ar

RESUMEN: Quien procure doblar el patológico y curativo cabo en cuestión sin renunciar al rimbodiano desarreglo de los sentidos ni a la desorganización somática de los suplentes de Kierkegaard habrá perdido la cabeza deseando hacer decir o dejando decir a Derrida lo que él haría decir o dejaría decir a Deleuze en torno del cuerpo sin órganos, por capnomancia, arte de adivinar mediante los movimientos del humo pues, ya no en frente de un destronque capaz de acabar sea con el contraste frontal de mal y remedio sea con el privilegio capital de la primacía, rendirse y resistir vienen casi a lo mismo, redundan en la evaporación del poder de lo mismo capitular y recapitular.

Palabras clave: vidente / skuffen / Bafometo / poder evanescente / cigarro/a

ABSTRACT: Who would try to turn the pathological and healing cap in question without giving up Rimbaud disarray of the senses and the somatic disorganization of Kierkegaard's substitutes will have lost its head by desiring to make Derrida say or by leaving him say what he would make Deleuze say or would leave him say about the body without organs, with the help of capnomancy, art of divination through the movements of smoke, because, not any longer in front of a detruncation able to revoke whether the frontal contrast of illness and remedy whether the capital privilege of primacy, surrender and resistance amount almost the same, to capitulate and to recapitulate redound to the evaporation of the power of the same.

Keywords: seer / skuffen / Baphomet / vanishing power / cicada / cigar

Pena del pensar que toca pensar. En vano peno: yo no pienso. Cajo.
Peine à penser. Je peine en vain: je ne pense pas. Je caisse.

Hélène Cixous, *El horror de las cajas*

Evocados Moisés y el Bautista¹, a vuelta de página Deleuze y Guattari consideran el ilusorio movimiento mediante el cual el Estado se complace en aparecer como causa de las condiciones colectivas de la apropiación:

El cuerpo pleno como socius ha dejado de ser la tierra, ha llegado a ser el cuerpo del déspota, el déspota mismo o su dios. Las prescripciones y entredichos que frecuentemente le incapacitan para actuar hacen de él un cuerpo sin órganos. Es él, la única cuasi-causa, la fuente y el estuario del movimiento aparente. En lugar de los desprendimientos móviles de cadena significativa, un objeto desprendido ha saltado por fuera de la cadena; en lugar de los retiros [*prélèvements*] de flujos, todos los flujos convergen en un gran río que constituye la consumación del soberano: cambio radical de régimen en el fetiche o el símbolo.²

No se distingue sensiblemente del asiático el modo de producción televisivo.

Globo antropomorfo que Lynch sembró de pústulas y cuyo papel, según el abortado proyecto de la primera versión cinematográfica de *Duna*, Jodorowsky habría ofrecido a Orson Welles, cuando no archivilano e irreductible rival de Capitán Orión en las droláticas aventuras que se me enredan en el recuerdo, irreductible porque reducido a su pantalla personal y portátil, fagocitado por la vitrina lunaria, envitrinado, flácido terminal de teleineria (por así decirlo, no sin aparentar una tergiversación de los términos de Stiegler, atento a la coyuntura en que “el receptor se habrá transformado en terminal de teleacción”³), Barón Harkonnen o Lord Lazy, el fatuo farol de manteca catódica es una cabeza cortada.

Si la flojera que de la sociedad del consumo conduce de facto a la ruinosa sociedad del asco en obediencia a las náuseas anoréxicas de tanto cliente saturado y emputecido, “desbandada por pérdida de amor de sí, y por ende –por pérdida de amor de todo y de todos, y por ende de toda fe, y de todo crédito”⁴, *debandaison* habría que añadir,

1. G. Deleuze y F. Guattari, *Capitalisme et Schizophrénie - L'Anti-Oedipe*, París, De Minuit, 1972, p. 230.

2. *Ibid.*, p. 231.

3. B. Stiegler, *Aimer, s'aimer, nous aimer - Du 11 septembre au 21 avril*, París, Galilée, 2003, p. 41.

4. *Ibid.*, p. 60.

habida cuenta de las tangentes obscenas de la forma verbal *bander* y del miserable agotamiento de la libido implícito en la hipersincronización de millones y millones de conciencias, si además el disgusto que corresponde a la destrucción del propio gusto procurando “el ‘devenir-diábolos’ de los símbolos [*le ‘devenir-diaboles’ des symboles*]”⁵, inversión de συμβάλλω, “arrojo a lo largo” o “conecto”, en διαβάλλω, “arrojo a través” o “desconecto”, que no hay que confundir con el cruce de *iacio* y *iaceo*, “echo” y “estoy echado”, “lanzo” y “me tumbo”, disyuntiva semificticia ya sobresupuesta en los hervores subjectilíneos de los dibujos y pinturas de Artaud⁶–, si semejante repugnancia alguna analogía entreteje con una suerte de reflujo sublunar del tremendo κόρος concebido por Orígenes, autor de un *Tratado de exhortación al martirio* y, a bien leer la epístola de Eusebio de Cesarea citada por Daniélou, desde la más tierna infancia entregado al “eros de tanto martirio [ἔρως τοσοῦτος μαρτυρίου]”⁷, justamente durante el aciago período de paranoias y persecuciones imperiales en que “el problema de los órganos constituía en efecto una dificultad” si se quiere aprovechar la sentencia de *La metafísica del Cristianismo* y extenderla más acá de los debates teológicos inherentes al cuerpo de resurrección⁸, si acaso hasta tanto cuerpo de tortura ayer y hoy pedagógicamente proclamado, mejor dicho una exasperación de aquella “hartera” o κόρος que, a juicio de Orígenes, en la noche de los tiempos habría inducido el exilio orgánico de las substancias intelectuales ahítas de pureza celeste por efecto de “gran negligencia y desidia” según la cita de San Jerónimo, doctor y padre de la Iglesia, que conste, y además “amigo de la carne” (aunque no propenso a sus funciones cuando de músculos gloriosos se trata), es decir “*philosarca*” como él mismo gustaba definirse en oposición a los neoplatónicos y su “*grandis negligentiae atque desidiae*”, “*grande négligence et torpeur*” retomando la traducción de Tresmontant, quien se detiene para observar que la ensomatosis origenista obedecería a un “principio del animismo cósmico propio del pensamiento antiguo”⁹; hoy, casi por el contrario, almas a tal punto sacias de egocentrismo consumístico hasta llegar a confundirlo con el

5. *Ibid.*, p. 37.

6. J. Derrida, “Forcener le subjectile”, en: P. Thévenin y J. Derrida, *Antonin Artaud - Dessins et portraits*, París, Gallimard, 1986, pp. 55-108, 65, 69.

7. J. Daniélou, *Origène*, La Table Ronde, París, 1948, p. 22.

8. C. Tresmontant, *La métaphysique du Christianisme et la naissance de la philosophie chrétienne - Problème de la création et de l'anthropologie des origines à Saint Agustin*, París, Du Seuil, 1961, p. 636.

9. *Ibid.*, pp. 409, 410.

afecto fundamental del que a sí mismo se ama y a sus miembros, por más provisionales y muy poco suyos que se le antojen, más bien mal mirados en aras del influjo de tanto suicida autoinmunitario dispuesto a desmembrarse de una vez, o de vez en vez, con tal de llegar a creer percibir su intacta identidad aunque sea en el momento de negarla absolutamente o de suprimir la del otro, si el caso fuese parecido y el hastío semejante, cabría asociar la tiranía zodiacal del telecuerpo sin órganos con la merma de la capacidad expresiva que muy *à rebours* hincha los pechos de los huéspedes del gimnasio geriátrico administrado por Bogislao y sus adláteres en la Abadía de Govaerz (quinto piso, bajo la “oficina de estadística de carreteras y de secretariado amoroso” fundada por Stepanski, el Gran Cambalachero¹⁰), cuyo lema propagandístico, *Ars Brevis, Vita Longa*, recomienda el repudio total del riesgo poético pervirtiendo el primer aforismo de Hipócrates sin tergiversar del todo el sentido que Andrew Q. Milton atribuye tácitamente a la sentencia original: “*Ars Longa, Vita Brevis*”, acota el asesinato al controlarse de reojo las uñas de la mano derecha en frente del paisaje de Balthus sobre la pared de su despacho (*Larchant*, 1939, óleo sobre lienzo, colección particular: sobre exactos techos pueblerinos rodeados de potreros impecables emerge un campanario guillotinesco), presunto santuario de intimidación existencial donde sólo los conjurados pueden acceder a *the real stuff*, por ejemplo de ejemplos el verdadero café tinto, de grano colombiano en grano colombianísimo desconstruido con garantía de fidelidad histórica a merced del molinillo y la cafetera de Milton, neuroburócrata de la Oficina de Asuntos Públicos en horas de trabajo, de noche guerrillero del RON (Realidad O Nada), listo a sacar dientes y apretar tornillos contra la siempre más redundante ETU (Entretenimiento Total Universal), como relatan Dennis Potter y Renny Rye para la *BBC* y *Channel 4*, dueños absolutos de la historia de la cabeza destroncada de Daniel Feeld (Albert Finney), guionista de teleseries cuyas últimas palabras de labios hacia afuera habrían sido: “Ninguna biografía...”, pero cuyos pensamientos y reminiscencias, bombeados desde la cuna por traslapo criogénico de pasado en circulación ilimitada, son reciclados y espectacularizados a la sombra políticomercial de la ETU, para que la molondra echada a la inmortalidad virtual de lo recalentado se una silenciosamente al coro de la

10. L. de Greiff, “Se continúa con la odisea de Sergio Stepanovich Stepanski” (Emisión del programa *Bajo el signo de Leo* transmitido por la Radiodifusora Nacional de Colombia correspondiente al 10 de diciembre de 1953), en: L. de Greiff, *Obra dispersa - Vol. 2 - 1937-1956 - Edición al cuidado de Hjalmar de Greiff*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1995, pp. 144-147, 147.

clientela planetaria: “Dieta equivocada... me han hecho comer y beber mis propios pensamientos”.

Al mirar a lo lejos, si ojos le quedan para mirar, porque Dios le ha dicho “sube al monte Nebo (...) y contempla la tierra de Canán” (Dt 32, 49), se le blanquea por completo la cabeza, de la coronilla a la raíz del cuello.

Se le habría bajado la sangre ante el espacio que no le es dado cruzar, por haber decidido preferir a su propia vida la salvación del pueblo cuando Dios le dio a escoger entre una y otra, según relata uno de los *midrashim*.

— “Muérete una vez subido a la montaña”, le había dicho. Grisalla agónica o gualda precadavérico, al mirar y morir se le habrían quitado los colores.

No lo creo.

Ninguna agonía justifica por sí sola una blancura tan chata y mármorea como la de *Moisés se quita las sandalias en vista de la Tierra Prometida*. Más bien hipertelia de la erección: el cuadro de Moreau deja suponer que, ni pálido ni exangüe, el profeta transportado por el espectáculo de lo intangible lo que se habría o se le habría quitado es la cabeza, suplida por una efigie distanciada a más no poder, infinitamente extraña a la lozanía del remoto paisaje y a la vez a lo más cercano, al resto de su cuerpo, a sus emociones y de quienes le siguen, comidos miembros de las tribus de Israel ávidos de horizonte. Muy bien puesta sin embargo sobre los finitos hombros del caso.

La extremidad de quien así se yergue en el umbral de lo prometido es tan incongruente cuanto la del elefante atornillada en las vértebras cervicales del portero de la bella Pârvatî, privado de la suya por Shîva, excitadísimo amante: análoga devaluación de la identidad capital en el *Deuteronomio* y en el *Shîva Purâna*.

Tanto el atisbo pánico de quien se asoma al trance mortal como destronque en vida cuanto la aparente acrobacia de *shirshasâna*, postura de quien reconoce el vuelo de su cabeza colma de sangre donde acostumbra tener los pies, plegarias de esquizocefalea, rebasan la desorganización mental del orate y del supliciado cuerpo del mártir resaltando el carácter postizo y cultural de la regularidad psicósomática, donde y cuando quitarse y hacerse quitar lo que sea vienen a lo mismo.

Desfonde de lo naturalmente dado o ruptura de la concatenación operativa, para el pintor que no llegó a merecer de balde el aplauso oficial, en 1854 la visión de la mejor parte exige agentes autorizados:

el saludable garzón que se agacha para desatar las augustas sandalias tan sólo en ellas debería fijarse, sin tentar lejanías.

En una de las páginas de comentarios transcritos para los visitantes de su taller, Moreau anota: “El joven sirviente olvida al señor cumpliendo su oficio maquinalmente y sin respeto.”

Huelga laboriosa y castidad negra invocadas por otro garzón irrespetuoso casi 17 años más tarde, en los mismos días en que los obreros de la Comuna de París eran masacrados, niños, mujeres y hombres.

Respecto de la expresión que tanto buhonero del hedonismo neoliberal reduce a la mezquindad de un eslogan, quizás no huelgue del todo observar que en la primera de las *Cartas dichas del vidente*, la dirigida a Georges Izambard el 13 de mayo de 1871, “Vidente” y “todos los sentidos” son las palabras que Rimbaud subraya:

Seré un trabajador: tal es la idea que me refrena [*qui me retiene*], cuando las cóleras locas me empujan hacia la batalla de París, –¡donde, sin embargo, tantos trabajadores siguen muriendo mientras yo le escribo! Trabajar ahora, nunca, nunca; estoy en huelga [*je suis en grève*].

Por ahora, me encrapulo [*je m'encrapule*] lo más posible. ¿Por qué? Quiero ser poeta, y trabajo para volverme *Vidente*: Usted no va a entender nada y yo apenas sabría explicárselo. Se trata de alcanzar lo desconocido mediante el desarreglo de *todos los sentidos*. Los sufrimientos son enormes, pero hay que ser fuerte, haber nacido poeta, y me he reconocido poeta. No es en modo alguno culpa mía. Nos equivocamos al decir: Yo pienso: habría que decir me piensan / me fajan / me dan cebada y me hacen las crines [*C'est faux de dire: Je pense: on devrait dire on me pense*]. – Perdón por el juego de palabras.¹¹

A la vez que en la carta destinada a Paul Demeny el día 15 el énfasis se extiende al “*dérèglement*” o “desarreglo” y al “*inconnu*” o lo “desconocido”:

Digo que hay que ser *vidente*, hacerse *vidente*.

El Poeta se hace *vidente* mediante un largo, inmenso y razonado *desarreglo* de *todos los sentidos*. Todas las formas de amor, de

11. A. Rimbaud, “À Georges Izambard”, en: *Poésies - Une saison en enfer - Illuminations - Édition établie et annotée par Louis Forestier*, Paris, Gallimard, 1965, pp. 83-85, 83-84. Se modifica la traducción de José Luis Rivas y Frédéric-Yves Jeannet, en: A. Rimbaud, *Obra poética y correspondencia escogida*, México, Universidad Autónoma de México, 1999, pp. 79-81, 79.

sufrimiento, de locura; él mismo busca y agota en sí todos los venenos, para sólo quedarse con sus quintaesencias. Inefable tortura en que necesita de toda la fe, de toda la fuerza sobrehumana, en que se convierte, entre todos, en el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito, –¡y en el supremo Sabio!– ¡Porque alcanza lo *desconocido*!¹²

Transitar por el confín sin fin entre el acto y la conciencia del acto destacando una palabra por debajo con una raya aunque y porque esa palabra ya viene a ser una raya debajo de otra y de otra, haber nacido y hacerse poeta vidente, exigir que uno mismo “reviente en su salto a través de las cosas inauditas e innombrables” como uno cualquiera de tantos “otros horribles trabajadores”¹³ y quedarse no más prometiendo el trabajo por hacer, escrutar el fin todavía inalcanzado y llegar de una vez por todas a ese *inconnu* requerido por quien se asomó a los signos del escribano con pico de ibis desde los bastidores de la psicostasia de un positivista muy a pesar suyo, tal como se guarda Lezama Lima de calificar por lo claro y consabido a uno de los intelectuales más influyentes sobre el frente de la militancia latinoamericana convencionalmente armada:

En Cortázar, la parte crítica, la parte cenital es muy superior a la otra parte, al otro extremo de la balanza, es decir, al *inconnu*, al desconocido. Por eso digo que es más bien un hombre de la era de los ocasos y un hombre de la era crítica, que un hombre que significa la nueva medida, el nuevo rumbo, la nueva distancia¹⁴,

pues, si es cierto que mal se lograría remozar con más donaire que el cubano la medida, el rumbo y la distancia del logro, sin recaer en el criticismo paleoiluminista sino reconociendo el sensato aplomo cenital de quien diagnostica la locura de Artaud mientras tacha de pedagogos alborotados a los amigos que le sacaron de los fierros del Dr. Ferdière:

Amenazado por maleficios incontables, dueño de un falaz bastón mágico con el que intentó un día sublevar a los irlandeses

12. A. Rimbaud, “À Paul Demeny”, en: A. Rimbaud, ed. cit., pp. 88-98, 88-89 (Trad., pp. 82-91, 84-85).

13. *Ibid.*, p. 89 (Trad. modificada, p. 85).

14. J. Lezama Lima, en: A. M. Simo, R. Fernández Retamar y J. Lezama Lima, “Discusión sobre ‘Rayuela’”, en: J. Cortázar *et al.*, *Cinco miradas sobre Cortázar*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1968, pp. 7-82, 55.

de Dublín, tajeando el aire de París con su cuchillo contra los ensalmos y con sus exorcismos, viajero fabuloso al país de los Tarahumaras, este hombre pagó temprano el precio del que marcha adelante. *No quiero decir que fuese un perseguido*, no entraré en una lamentación sobre el destino del precursor, etc. Creo que son otras las fuerzas que contuvieron a Artaud en la orilla misma del gran salto; creo que esas fuerzas moraban en él, como en todo hombre todavía realista a pesar de su voluntad de sobrerrealizarse; sospecho que su locura –sí, profesores, calma: *estaba loco*– es un testimonio de la lucha entre el homo sapiens milenario (¿eh, Sören Kierkegaard?) y ese otro que balbucea más adentro, se agarra con uñas nocturnas desde abajo, trepa y se debate, buscando con derecho coexistir y colindar hasta la fusión total. Artaud fue su propia amarga batalla, su carnicería de medio siglo, su ir y venir del *Je* al *Autre* que Rimbaud, profeta mayor y no en el sentido que pretendía el siniestro Claudel, vociferó en su día vertiginoso¹⁵,

tampoco pueden desconocerse los tropiezos de un guiño a Kierkegaard que de la magia del vidente de Marsella rebote hasta un singular potro santero por carambola homofónica de “*penser*” y “*panser*”, *cheval* de Port-au-Prince o *cavalo* de Río de Janeiro montado y fajado, “*bandé*” o “arrecho” como Vudú manda y Macumba dicta, dondequiera que la “*différance*, o diseminación infinita” responda a un modo simbólico igualmente ajeno a la estructura y a la anti-estructura¹⁶, siempre que se procure evitar el cruce de *El origen de las especies* con *Temor y temblor*, amén del espolín que permitiría ingeniárselas para retramar lo que sea “a la orilla del gran salto” entre Yo y Otro, habida cierta cuenta del desarreglo que empieza por los sentidos de la misma noción de “orilla”, diminutivo del antiguo *ora*, raya a una raya de *os*, “rostro” y a la vez “boca”, margen sin imagen y borde de soslayo insoslayable en la exposición discursiva, pozo oculto por exceso de brocales, visera de casco esfumado por abuso de contornos, si eso es empezar, entre ser crapuloso y encrapularse al filo del griego *κραϊπάλη*, “vértigo o mareo de borrachera”, si fe hay que prestar al *Robert*, ajeno a “la hipótesis que remite *kraipale* a *kara*, *kra*- ‘cabeza’ (*chère*) – ya que la bebida produce males de cabeza”, mejor dicho *haber chupado* y *chupar faros*

15. J. Cortázar, “Muerte de Antonin Artaud”, en: J. Cortázar, *Obra crítica/2 - Edición de J. Alazraki*, Madrid, Alfaguara, 1994 (1948), pp. 151-155, 155.

16. J. J. de Carvalho, “Violence and Chaos in Afro-Brazilian religious experience”, en *Le rite à l'oeuvre. Perspectives afro-brésiliennes et afro-cubaines. Systèmes de pensée en Afrique noire*, n° 16, 2004, pp. 111-148, 142.

como se diría en Ciudad de México si no menos fe hubiese que prestar a la comunicación personal de un chilango tan escandinavo como Leif Korsbaek sugiriendo el trance del muerto en vida que se obstina en seguir estirando la pata telescópica como quien la manipula apretando entre labios a la vez el alma y los mismos cigarros de pésima calidad que en los bajos fondos parisinos a fines del siglo XIX merecieron el apodo de *crapulos*, precisamente donde Rivas y Jeannet rinden “*qu'il crève en son bondissement par les choses inouïes et innommables*” por “que reviente en su salto hacia cosas inauditas o innombrables”¹⁷, en lugar de acoger la transfixión de lo que no tiene nombre más allá de *usque* y *ἔως*, setenta veces siete más allá del más allá, quemante travesía de pucho incoativo, más bien satisfechos los traductores con distinguir despegue y meta, insinuada una boquilla fatal en la herida de todo lo contenido, refrenado o retenido, a raya tenida una y otra vez, siempre la misma vez, sean cóleras que empujan al exterminio, sean delirios de un tal Traveler en semblante de Artaud agarrado a la baranda del suicidario belvedere progresista.

Que lo sepa o lo ignore, sin ir tan lejos sino más lejos todavía, en la medida, rumbo y distancia de los Andes, a lo menos desde el siglo XVII lo que se evapora para el encumbrado es *vma*, a la vez “cabeça” y “cumbre de monte”, *vmu* “hechicero” y *humapurik* a la letra “cabeza que camina”, o sea “las brujas que dicen que las topauan de noche en figura de cabeça humana solamente siluando assi viss viss”¹⁸.

Por hipertelia de la erección, en la cúspide de sí mismo, a la cabeza de su cabeza, bestia afantasmada sin regla ni órgano rumiando el soberano fundamento de órganos y reglas, Nabucodonosor de cuernos mosaicos o poeta traficante, el vidente se decapita.

En espera del último toque que a su ya muy lustroso peinado está por añadir un imponente *coiffeur*, fúnebre mensajero de discreción capilar, la joven y severa dama de *La toilette* de Jan Miense Molenaar (1633, Museo de Arte de Toledo, Ohio) apoya los pies sobre la otramente lustrosa calavera en cuyas órbitas, sin faltar ni sobrar una baba, encajarían las dos burbujas que un niño de sombrero emplumado acaba de solicitar al agüita jabonosa, una a punto de ser desprendida del cáliz que todavía la soporta, la otra bamboleándose más arriba de

17. A. Rimbaud, *Poésies - Une saison en enfer - Illuminations - Édition établie et annotée par Louis Forestier*, ed. cit., p. 89 (Trad., p. 85).

18. Fy. D. González de Holguín, *Vocabulario de la lengua general de todo el Peru llamada Lengua Qquichua o del Inca*, Lima, 1952 (1614). Voces *vma*.

las tres cabezas (sin contar la calavera) y de los clavijeros de cuatro instrumentos de cuerda pendientes de la pared.

Para acompañar al pintor flamenco que tan galanamente invita a desdeñar acepciones de personas y remilgos de sociedad ofreciendo la lección alegórica del “*homo bulla*”¹⁹, valga el intento de traducir el presentimiento que *La ruina de Kasch* presta sin otras señas al *Chevalier de B****:

Creo haber acertado sobre todo en una cosa, mientras durante los años de la adolescencia atravesaba en mi país las que llamáis ‘tempestades de la revolución’, ahora sé que nuestro enemigo más grande, y sea como fuere el más sutil, es la sociedad, su misma idea. Otrora se contentaba con representarse como un gran cuerpo, un gigante atormentado por espasmos ocasionales. Hoy ha engullido los mares soterraños y celestes, desde los Manantiales Amarillos hasta Eridanus, ha incorporado astros y magma, todo lo existente lo ha vertido en sus adentros. El gigante primordial, el Gran Animal que Platón ya había alucinado aparecerán como menudas garrafas de Sèvres ante la desmedida burbuja de vidrio [*immane, vitrea bolla*] en que la sociedad ha encerrado el mundo: todo es brote de su invernadero.²⁰

La membrana de la sala de cine mudo que en el verano de 1935 cobijaría el sueño lúcido de Artaud de vuelta a la bajamar amniótica de la que, a juzgar por el doble diario de cierto larguísimo viaje, jamás hubiera tenido que salir, “aquella unidad indestructible y absoluta de los asesinatos mutuos y simultáneos de madre e hijo en los segundos que anteceden el parto”²¹, la boca de Artaud dilatada ante quien intenta escribir *Viaje a México* en 1992 pidiendo auxilio a las palabras de un muerto “para seguir llenando del todo –*para continuar a preencher*– la pantalla del computador”²², la boca en la que entras mientras te habla para decirte que entra en ti cuando le hablas, muriendo y naciendo al mismo tiempo: semejantes preñeces de preñeces no contienen ni comprenden a ningún sucesor, no repelen ni expulsan a ningún adversario de la pretendida plenitud anahumana.

19. E. Bornay, *La cabellera femenina - Un diálogo entre poesía y pintura*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 130.

20. R. Calasso, *La rovina di Kasch*, Milán, Adelphi, 1994, p. 187.

21. S. Santiago, *Viagem ao México*, Rio de Janeiro, Rocco, 1995, p. 30.

22. *Ibid.*, p. 33.

Distinguir el desmesurado embarazo en que se revuelve y disuelve la dualidad de amigo/enemigo, liberadora obediencia de/al llamado de la praxis amorosamente combativa, y la sincronización mediática de las conciencias en que se extingue el amor propio primordial, viene a ser el movimiento del “resistir por orden de su cuerpo tal como es [*resister de par son corps tel qu’il est*]”²³, o sea tal como recomienda el autor de “El hombre y su dolor’ –Comentario a propósito del gran dibujo [*dessin*] hecho en Rodez y remitido al doctor Jacques Latrémolière para agradecerle sus electrochoques”, harto de tanto *advertising* iniciático *new age* y *old facho* dolor del hombre que escribe: “Las doctrinas hindúes sobre la yoga del soplo son falsas”²⁴, por habersele ocurrido el antieslogan desde el atroz observatorio de su testero, *âtre* del martirio sobre el que se retuerce el fuego alimentado por el fuelle de la fortaleza clínica, no del todo ajeno al apellido de uno de los verdugos soplones, fuego otramente crujiente en *La máquina del ser* o *Dibujo para ser mirado de travieso*, el que “quizás [*fors*]” le depare nuevamente la *forcena* del subjectil brindada por Derrida, insostenibles sustentáculos de la sotosuperficie del primer plato de la última cena y de la última escena del primer plato, “salvo [*fors*]” la garantía semántica de la misma salvedad, ronroneo de *fors fors*:

Todo pasa como si la fuerza generatriz del dibujo [*dessin*], lo que literalmente informa en él las formas, se forjase primero en la lengua, en la tráquea más bien, en ese lugar en que las diferencias glosemáticas no significan aún, tan forcenatas como andan, sentido de fuera [*hors sens*], y listas para sobrecargarse de sentido. Las líneas y los lugares, la distribución de los trazos y de las representaciones gráficas seguirían un designio [*dessin*], por ejemplo el de la diferencia entre *ser* y *testero* [*entre être et âtre*]. De la misma manera el TR o el BR darían literalmente órdenes al ojo y a la mano: dibuja troncos, troncones, trazos, un testero, miembros, un testero sombrío, un hombre enterrado, etc. Naturalmente de eso nada sigue y todo se engendra según un cuerpo en el que estas *órdenes* no se articulan aún. Ni cronología, ni lógica, ni jerarquía entre el orden de la lengua y el de la mano, entre la oreja y el ojo. Este orden *se articula* tan sólo en la época normada, formada, del subjectil: cuerpo *organizado*, los cinco sentidos, la materia del soporte exteriorizada en *parergon* y

23. A. Artaud, “L’homme et sa douleur - Commentaire d’un grand dessin fait à Rodez et donné au docteur Jacques Latrémolière pour le remercier de ses électro-chocs”, en: A. Artaud, *Oeuvres complètes - XIV*, pp. 46-47 (nota 258), 46.

24. *Idem.*

haciendo subrepticamente la ley desde su neutralidad supuesta, etc. Antes de esta articulación, no hay diferencia entre la fonía del TR, por ejemplo, y el fenómeno visible del trazo, del tronco, etc. No hay diferencia visible o audible, en todo caso, articulable. Ninguna jerarquía de principio, sino otra fuerza de arrastre pulsional. Y el momento de la articulación está marcado en este dibujo que se podría analizar como una generación al revés, la genealogía del ser del cuerpo por venir a través, vista *de travieso*, el ir degenerándose del cuerpo subjectil, la descomposición del ser lábil, dócil, dúctil. La sinovia hace posible una buena articulación. La palabra viene de Paracelso, reúne, mantiene en vida y en suspenso tantos gérmenes y semas en su óvulo que una síntesis no puede aquí más que pecar por omisión, un análisis también. *Sinovia* designa el líquido que lubrica las articulaciones y permite por ejemplo que ‘rula que rula en la rótula mientras el ser sobre el fogón sombrío de su sinovia se hará [*roule que roule dans la rotule pendant que l'être sur l'être sombre de sa synovie se fera*]²⁵,

por haber reconocido en el futuro de la pantalla parlante el sagrario especular del Bafometo nuevamente ofrecido no más el año pasado en una esquina de Quito, los ojos del indio enano asomándose apenas en la margen superior del empaquetado autorretrato a la sombra del gorro puntudo, las letras del anuncio trazadas a mano sobre el miserable milagro del escudo de cartón que encerraría la visión beatífica: “Vendo un dibujo de Dios – 40 centavos” (Foto de José A. Restrepo), a no dudarlo, versión subdesarrollada, menos descarada y más barata, del simulacro del Señor de las Modificaciones, el Bafometo mismo en que la mismidad no cabe, en otras palabras el Gran Metaboleus echado a la calle, malabarista de las “permutas” más o menos nobles que los clásicos apodaron μεταβολαῖ, traficante de todos los tráficados habidos y por haber, no propiamente sorprendido en el momento de su ostensión más redonda, cuando el súcubo “hunde una vez más sus manos en el tabernáculo: he aquí que de él retira el misterioso objeto, hace un momento quemante, ahora frío y liviano: la cabeza de oro que reproduce perfectamente sus rasgos”²⁶.

Bogislao, ingeniero anemólogo de punta, elevado a la dignidad emblemática del Intelecto Único cuyos soplos mediáticos se invaden mutuamente por inflación orgiástica de uniformes deseos, ni adentro ni afuera del *mundus bulla* sino en su reventar, al filo de la guerra civil

25. J. Derrida, “Forcener le subjectile”, art. cit., pp. 92-93.

26. P. Klossowski, *Le Baphomet*, París, Gallimard, 1965, p. 45.

planetaria, es la resequida contraparte de las inarticuladas ciénagas del origen escondidas en el sótano de la Abadía de Govaerz.

Sin saberlo se arroja Melisanda a la cabeza del muelle, hacia las densas aguas, mientras lo que desea es regresar a su casa. Aparentemente la neblina la engaña.

Para que no sea tan abrupta la salida del aséptico falansterio de encuentros sincrónicos, sordos hoy como nunca al lento oleaje de soterriñas resonancias primordiales, ni corresponda a la absoluta transparencia de la destrucción recíproca de tanto cuerpo reducido a sopladura negociable, es de esperar que en la mejor parte de su residencia Melisanda aspire de vez en cuando aire de puerto brumoso, aunque sea a riesgo de que no le resulte del todo suya.

En efecto no sólo es el buzón lascivo lo que evapora, ni apenas “como un zumo de amapola con cebolla” formando la espiral exótica y trivial que de poro en poro tiene a Vivino hecho tarumba²⁷ y de la que el fuelle de cierto acordeón de Madagascar debería liberarle, bien abierto y bien cerrado, preferiblemente durante una sesión al “estilo sistáltico” en lo de Oppiano Licario, versado recreacionista de renombre internacional e intertemporal, les recomiendo, Espada 615²⁸, como si entre sus pliegues titilaran las ventosas oculares de una tribu de lemúridos parranderos capaces de chupar el embrujo expansivo emanado en el contraste con la entrega inmediata de la estructural “ranura” de Lupita²⁹: que la “cita secreta con las generaciones que fueron”³⁰ sea un *rendez-vous* erótico del que cada historiador sacaría la sintonía del “estilo hesicástico” que le compete, es lo que el habanero enseña al recordar,

lo que Licario llamaba la alquimia del nacimiento póstumo. El recuerdo es un homúnculo, solía decir. Él estaba trágicamente convencido de que la plenitud del hombre, mientras estuviese en lo visible, consistía en segregarse ese rocío que la imagen reconstruye, evaporar la posibilidad de otro cuerpo, que es el homúnculo.

27. J. Lezama Lima, *Paradiso* (Edición crítica a cargo de Cintio Vitier), Archivos, Unesco, 1988 (1966), p. 408.

28. *Ibid.*, p. 416.

29. *Ibid.*, p. 408.

30. W. Benjamin, “Über den Begriff der Geschichte”, en: *Gesammelte Schriften - I. 2 - Herausgegeben von Rolf Tiedemann und Hermann Schweppenhäuser*, Suhrkamp, Frankfurt, 1980 (1940), pp. 691-704, 694. Trad. J. Aguirre en: W. Benjamin, *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1982 (1973), pp. 173-191, 178.

culo que salta a lo invisible, después de la muerte.³¹

De órgano en órgano sin cuerpo, ἄρθρον en ἄρθρον de sínfisis sin fin, pérdidas de vista y otros vaciados sentidos las singularidades de los artrópodos de turno, lejos de permitir una conversación con los difuntos susceptible de volatizar siquiera una que otra lágrima, la cortina de eructos de sincronía preestablecida que ya reseca a más no poder este valle de articulaciones diacrónicas sigue confundiendo los hervores metabólicos de la revolución órfica con burbujeos ahistóricos en redomas de gaseosa bellamente dispuestas sobre la mesa de trabajo de una multitudinaria junta de muertos-que-caminan, desvivos requemultiplicables reclamándose flujos hinchados sin tiempo antes de tiempo, simulando ignorar de qué manera, por más insignificante que resulte, antes bien cuanto más carente de importancia, apartado sin reportar ni portar lo que sea, “el fragmento que conservamos tiene fuerza de emanación, de *aporroia* griega”³², a lo mejor una de las nueve fracciones del crucigrama *Eros sacro* de Eulalia de Valdenebro (acrílico sobre lienzo, 2004, colección del artista), áurea saliva y múrce sangriento en caracolito umbilical e inundado dédalo púbico entre aras pringosas y sábanas impolutas de San Bartolomé desollado y Santa Lucía picando ambos ojos en bien equilibrada bandeja, a que una en otro y viceversa se escuchen deletrear: “Quiero que mis cuadros se evaporen [...] La idea de la desaparición de lo escrito es muy poderosa...”³³, a condición de que el poder evanescente, fuerza de temblorosos en bautismo de sudor frío y detumescencia pimpante, tergiversar alguna analogía con la φρικη platónica sublimando un tris de humores politeístas, salobres y salvajes sin dejar de ser santificables, aunque lastimen la sensibilidad del lector fiel a Lévinas donde primero se ponga a prueba la capacidad de “decir esta impotencia sin sanar la afección que desgarrar la conciencia, sin arrancar mediante la confesión [*par l’aveu*] el ‘grano de locura’—esquirla [*écharde*] en la carne de la razón— que es el estremecimiento de la subjetividad [*est le frémissement de la subjectivité*]”³⁴ (susto languidecido en la versión de Pintor-Ramos, quizás receloso de la peligrosa partícula

31. J. Lezama Lima, *Oppiano Licario*, México, Era, 1977, p. 173.

32. *Ibid.*, p. 185.

33. E. de Valdenebro y J. Mejía Mosquera, “Evaporación - Diálogo entre un filósofo y una pintora”, en *Eulalia de Valdenebro - Metapintura (Exposición en Fundación Alzate Avendaño, abril-mayo 2005)*, Bogotá, pp. 4-5, 4.

34. E. Lévinas, *Autrement qu’être ou au-delà de l’essence*, Martinus Nijhoff, La Haye, 1974, p. 105 (Se modifica la traducción de Antonio Pintor-Ramos, Salamanca, Sígueme, 1987, p. 144).

que a su juicio “significa el gemido de la subjetividad”), en seguida el desarreglo inspirado por el huésped que ninguna de las casillas que me tocan jamás comprenderá por andar en trance de crápula prometida el signo del caso, hermético cartero de la verdad que me parte y reparte por entrega infinitamente mediata, tú que me tocas vayas a saber qué órgano, consignado y resignado a mí mismo, *consignatus* y *resignatus*, “sellado” y “desellado”, pues “el prójimo me asigna antes de que yo le designe [*m’assigne avant que je ne le designe*] lo que no es una modalidad del saber sino de una obsesión y, con relación al conocer, un estremecimiento de lo humano totalmente otro”³⁵, “*frémissement*” devuelto una vez más a su “gemido” no obstante el equivalente señalado a pie de página: “Este término traduce la φρικη platónica del *Fedro*”³⁶.

Como si no fuera Sócrates suficientemente explícito al evocar la escena primordial que Lévinas retoca, la del vidente ante el infinito panorama del “rostro de deiformes visos”, *tête-à-tête* del que sería imposible no perder por lo menos una cabeza:

Estremécese primero [πρῶτον μὲν ἔφριξεν] [...] Y es que, en el punto de tal visión, apodéranse de él, cual ataque de escalofrío [ἐκ τῆς φρικῆς μεταβολῆς], trasudores y calor desacostumbrados porque, entrándosele por los ojos los efluvios de la belleza [δεξιόμενος γὰρ τοῦ κάλλους τὴν ἀπορροὴν διὰ τῶν ὀμμάτων], se caldeó, que por tales efluvios se reanima la naturaleza de las alas. (251a)³⁷

Sin pretender trocar vahos y plumas aromosas por secreciones y melenas de cuadrúpedos más poseidónicos que celestes, ni revolver muy a secas la empinada del “cañón del ala [ὁ τοῦ πτεροῦ καυλός]” (251b)³⁸ con la del consabido significante de los significantes (bien que no fatalmente fálico: καυλός puede ser también “orificio uterino”), siendo φρικη ante todo “encrespadura”, “ondulación (del mar)”, por extensión “escalofrío”, “horripilación”, “terror”, valga observar que el ritmo de una entrevista tan excitante parece comprometer flujos de doble vía en que acción y pasión, transitividad e intransitividad se arremolinan, la exhalación de un extremo acabando y empezando en “receptáculo” o δεξαμενή de la exhalación del otro, hospedado cada aliento hospitalario, sin que se imponga todavía la mengua de la in-

35. *Ibid.*, p. 110 (trad., p. 148).

36. *Ibid.*, n. 22.

37. Traducción de J. D. García Bacca en: Platón, *Hippias Mayor - Fedro*, México, U. Nacional Autónoma de México, 1966 (1945), pp. 33-97, 62.

38. *Idem.*

tensidad que puede alterarlo celosamente, como acontece cuando la influyente variación es anunciada por los canales astrales, campaña que la segunda de las *Enéadas* define evocando ejemplarmente la serie de alteraciones negativas cuyo último elemento coincide con los aires de una sagacidad recaída por apetito de refinamiento, toda vez que “de la inteligencia emana la astucia [καὶ νοῦ ἀπόρροια πανουργίαν], que anhela igualar la inteligencia, pero no puede alcanzarla.” (II. 3, 11)³⁹

A juzgar por la literatura hermética que, en vista y ceguera de cuerpos sopladados y soplos desorganizados, tanto Artaud cuanto Klossowski frecuentan cada cual a su herético antojo, lejos de sagaces esnobs a la zaga del intelecto plotiniano (¿los hay en pos de algo más? Sin más remilgos profesoriales alrededor del esnobismo entendido como desespero exclusivamente intelectual, valdría la pena suponer que la pasión genealógica del burgués en celo de aristocracia empata con la acucia característica de los frotis académicos), quien sale premiado es el músico.

Es así como el primer tratado del *Poimandres* describe diversamente la transmutación de quien prescinde de la organicidad, ante todo en los términos de un enunciado general (inmediatamente desorganizado por autoarticulación, el virtuoso es *chorda mundi*, cable resonante entre lo divino y lo humano), en seguida mediante una parábola cuyo traste anecdótico consiste en la operación de un aparente intermediario (mientras el Músico Divino se desdobra en sublunar y celeste, su enviado supositicio viene a ser el humilde artrópodo hemíptero que manifiesta la expansión pánica de la superfluidad del instrumento u órgano, su renaturalización *superfluens* en un cosmos en que cada piedra y cada ángel es nota de otra nota, transplante de otro transplante):

Ocurre a menudo que un artista, aun sin la ayuda de la lira, habiéndose preparado un día para un noble tema, se ha tomado de alguna manera a sí mismo como instrumento [αὐτῷ πολλακτὶς ὄργανῳ κεκρημένον] y por medios secretos ha mantenido la cuerda, de forma que ha transformado su problema en tema de gloria para estupefacción de los auditores... Se cuenta de un tocador de cítara a quien era propicio el dios que preside la música, que un día, que tocaba la cítara en un concurso, la ruptura de una cuerda le impidió continuar compitiendo; la gracia del Ser supremo desempeñó para él el papel de cuerda y le otorgó el éxito: para reemplazarla, por Providencia divina [κατὰ πρόνοιαν τοῦ κρείττονοῦ], una cigarra vino a posarse sobre la lira ocupando el lugar mismo de la cuerda a fin de completar el acorde, así el ci-

39. Plotin, *Ennéades II* (*Texte établi et traduit par Émile Bréhier*), París, Les Belles Lettres, 1924, p. 37.

tarista, consolado en su pena por el remedio, alcanzó los honores de la victoria. (I. 18, 6)⁴⁰

Al fin y al cabo, el *rope-trick* que ha tenido boquiabierto a tanto viajero paleoiluminista en frente del faquir esquelético, la sogá parada, el discípulo que sube por ella y miembro a miembro desprendido y sangrante precipita para levantarse enterito y dar la vuelta al ruedo... es pariente del *string-trick* en que el único elemento remotamente reconducible a un exceso de violencia aséptica y deshidratada es el reventón de un entorchado en pleno festival musical.

Retrato de Deleuze como joven instrumento de cuerda: “instrumento” u ὄργανον en que se transmuta al prescindir de cualquier prótesis o soporte, es más o menos decir al salvarse del abuso de confianza de todo suplemento intruso o parásito anexo, supliendo el artista al intruso o al parásito y acabando por ende con toda intrusión o parasitismo habido y por haber, merced a la intercesión de la absoluta cesión inherente a los ajustes que más vale asumir con la crueldad improvisadora de quien es ajusticiado según las leyes de la armonía, aquí más o menos hablando de aquel oficiante sacrificado que “τὴν τῆς νευρᾶς θεραπείαν δι’ἀπορρήτων ἐναρμοσάμενον”, en la versión de Muñoz Moya y Montraveta el que “por medios secretos ha mantenido la cuerda”, de otra manera, aunque con más ambages, intentando no perder el hilo que desde un principio lleva a la meta del medio abolido, el que “indeciblemente ha puesto en armonía el servicio de la cuerda”, cuerda de lira inútil para quien a sí mismo se pulsa si es preciso estirar a lo más alto y lo más hondo la tesis enunciada por el Dr. Garnier en su tratado *El onanismo solitario o en compañía*: “Una mano extraña nunca es tan diestra como la mano propia”⁴¹, hasta el más allá de la destreza en perfecta coincidencia de araña digital y telaraña cósmica siguiendo simultáneamente los dos sentidos del nexo comúnmente bifurcado en νευρά y σειρά, *string* y *rope*, línea vibrante atada y tensa y lazo apto para atar y desatar, una de las siete tripas de oveja que Hermes extiende sobre la caja de resonancia del primer instrumento musical antes de armar el sacrificio de las vacas solares y *aurea catena* que Zeus amarra en la cima del Olimpo a que sirva de guión entre arriba y abajo, sin creer necesariamente que ἀπόρροια y ἀπόρρητος procedan de idéntica fuente, matorosa escritura de penetrabilidad penetrante y veto de inefable obstáculo, como podría

40. *Poimandres I*, trad. M. Á. Muñoz Mora y Montraveta en: *Hermes Trismegisto - Obras completas*, vol. II, Barcelona, Muñoz Mora y Montraveta, 1985, pp. 24-25.

41. P. Garnier, *El onanismo solitario o en compañía bajo todas sus formas y consecuencias*, trad. D. G. Aguado de Lózar, París, Garnier Hermanos, 1901, p. 399.

crear el lector demasiado propenso a las asimilaciones homofónicas, máxime al enterarse del circuito que conecta astro divino y flora anímica en obediencia a intercambios de fragancia platónica inseparables de la luminosa rueda de palmas que en Tell El-Amarna bendice a los devotos de Atum:

Y así como el Sol, que nutre los gérmenes de todas las plantas, es también el primero en recoger las primicias de su crecimiento hacia lo alto usando de algún modo para esta cosecha sus rayos como manos inmensas (pues manos son para él los rayos que cosechan primeros los más suaves perfumes de las plantas), y así también nos es preciso a nosotros, que sacamos nuestro origen del Ser supremo, que hemos recibido el efluvio de su sapiencia [σοφίας τὴν ἀπόρροιαν δεξαμένοις], cuya substancia toda consumimos por esas plantas supra-celestes que son nuestras almas, ejercitamos a nuestra vez en dirigir hacia él nuestras alabanzas, y Él por su parte multiplicará para nosotros cada brote. (I. 18, 11)⁴²

Sin mencionar la ceremonia de los huastecas que según testimonio de Sahagún se hacían llamar *motetequi*, “los que se cortan a sí mismos”, ni el arcaico tejemaneje tántrico del *tchöd* en que el despedazamiento del iniciado preludiaba su resurrección, de Egipto a India y de Irlanda a Australia, sobre el monte Nebo o en Kapilavastu, dondequiera que subir por la escalera radiosa implica rodar hecho peldaños cuando no ser acogido en ascensor de *penthead* o sobradillo cefálico incorporado, ahí mismo quedan motivos para creer que la construcción del heptacordo se ajuste a principios semejantes a los de la arquitectura del altar del fuego concebida como “modelo del trabajo de integración de los soplos y de las otras facultades para ‘articular’ el *atman*”⁴³, concierto de llamaradas filiformes en que es preciso envolverse y ser envuelto por rotación de rodilla doblada y vuelta a doblar.

Con tal que de hinojos desvanezca este televisivo dolor de cabeza.

Ni tan al otro lado del telecuerpo catatónico (cuestión flotante, por otra parte, la del lado y de la parte del otro lisa y llanamente desimplificado), son otras las coordenadas del hallarse “*tutto d’un pezzo*” (no en el orden de la inflexible rectitud del ciudadano que confirma su rectitud moral afirmando “*mi spezzo ma non mi piego* [me quiebro mas no me doblo]”, faltaría más, por el contrario o *casi* por el contrario, pues se

trata de evitar tanto el enfrentamiento cuando la coincidencia de los contrarios, en el desarreglo inquebrantable del poseso libre de segmentos orgánicos y dispuestísimo a doblarse y desdoblarse a más no poder) que Derrida primero remite al “continuum del deseo” de Deleuze y Guattari, inmediatamente después a “ese gran fantasma de Artaud, su fantasma metafísico y sin duda cristiano”⁴⁴, para más adelante evocar de nuevo el resto acristianado, en la cuña de un paréntesis mantenido a distancia por renglones en blanco, único amarre el hilo argumental de una presuntiva carnalidad falta de ilación orgánica a la aparentemente distraída deriva de una cita del estudio de Jean-Louis Chrétien *El llamado y la respuesta* alrededor de la reticencia de Aristóteles ante la idea de la mano como simple órgano del tacto, mientras por debajo de cuerda el estagirita la tomaría como “órgano de órganos”, en tanto que Chrétien es inducido al franco apretón de un “tacto sin órgano”:

(Esta vez puesto al servicio de un declarado pensamiento de la carne cristiana, este ‘sin órgano’, a través de muchos relevos, nos recuerda una tradición de Artaud que sería apresurado juzgar simplemente extraña al cuerpo cristiano, por más hostil a ese cuerpo que ella pretenda ser en efecto. Pero dejemos la cosa de ese tamaño [*une tradition d’Artaud qu’il serait hâtif de juger simplement étrangère, si hostile qu’elle prétende lui être en effet, au corps chrétien. Mais laissons*]).⁴⁵

Tamaño que quizás deje de dejarse mientras se afila un empeño como el asumido en los términos de la llamada *desconstrucción del cristianismo*, sensiblemente ahí donde Santiago el Menor predica la incompatibilidad entre fe hecha praxis y *personarum acceptio*, προσωποληψία o “acepción de personas” (Sant 2, 1), al abolir el privilegio de la evidencia para que hospedemos al prójimo inaceptado, pues a la altura de ese versículo es preciso admitir que “se produce aquí una desconstrucción anterior a la construcción, o durante la construcción, y en su corazón [...] en su cimiento: está en el guión [*trait d’union*], es *del* guión”⁴⁶, ni más acá ni más allá de la faz personal que el órgano captura y rotula por acople de imagen, si acaso en el umbral desprendido de su capital importancia, enardecida la sinovia en que se

42. *Poimandres I*, op. cit., p. 27.

43. M. Eliade, “Mythes et symboles de la corde” en: A. Portmann, H. Corbin, G. Scholem et al., *Eranos Jahrbuch 1960 (Band XXIX) - Mensch und Gestaltung*, Zürich, Rhein, 1961, pp.109-137, 120, n. 38.

44. J. Derrida, *Le toucher*, Jean-Luc Nancy, Galilée, París, 2000, pp. 143, 144.

45. *Ibid.*, p. 288.

46. J.-L. Nancy, “Le judéo-chrétien (De la foi)” en: J.-L. Nancy, *La Déclousion (Déconstruction du christianisme, 1)*, Galilée, París, 2005 (2000), pp. 67-87, 84.

revuelven las curvas neoplatónicas y gnósticas que todavía conciernen al místico cuerpo de Cristo sin cristianos.

En la extremada urgencia de un íterin tan insoportable, el paso de la “ruptura” de Fitzgerald a las cuatro palabras de *Temor y temblor* transcritas en tajantes letras capitales durante los *Diálogos* de Deleuze con Claire Parnet, amén de toda eventual confusión entre el caballero de la fe y el espolique que ni pagando ha podido todavía distinguirlo en la calle, mimetiza una respuesta de sesgo menos impersonal que despersonalizante:

Uno se ha vuelto imperceptible, clandestino. Se hizo un curioso viaje inmóvil. A pesar de las diferencias de tono, es un poco como Kierkegaard describe al caballero de la fe, ÚNICAMENTE MIRO LOS MOVIMIENTOS: el caballero ya no tiene los segmentos de la resignación, pero tampoco tiene la esbeltez de un poeta o de un danzarín, no se hace ver, más bien semejaría a un burgués, un preceptor, un tendero, danza con tanta precisión que parecería estar apenas caminando o inclusive quedarse inmóvil, se confunde con el muro, pero el muro se ha vuelto viviente, se ha pintado de gris sobre gris, o como la Pantera rosa él ha pintado el mundo de su color [...] No es más que una línea abstracta, un puro movimiento difícil de descubrir, jamás empieza, toma las cosas por el medio, está siempre en el medio – ¿en el medio de las otras líneas? Únicamente miro los movimientos.⁴⁷

“La mesa esquizofrénica es un cuerpo sin órganos”⁴⁸: no sólo porque la primera referencia de *El Anti-Edipo* al virtuoso anorgánico se habría armado sobre las cuatro patas de un mueble (si un mínimo “sobre” sobreviviese a semejante prueba del espíritu, por supuesto, o si el asomo de otros arreos pudiese encimarse al serpentear aterrador y petrificado de la encimera inagarrable elaborada por el visionario insano cuyos ritos hospitalarios describe Michaux), sería éste el momento oportuno para aludir a otra montura oceánica.

No exactamente la mesa de escribir de Kierkegaard, la personal (a menos que no se trate aquí de abogar por una subversión radical de la noción de “persona”), sino la de sus adláteres o auras portavoces.

Por ejemplo de ejemplos relativamente imposibles, Victor Eremita.

El escritorio cuyo antropomorfismo daliesco predispone el sustantivo “*Secretair*”⁴⁹ no siempre se habría dado a conocer como abnegado sirviente de un seductor arrepentido cuando no de un contraseducor, aunque el caballero de la pluma quiera dar a creer que el papel de Don Giovanni convenga más bien a otro, al secretario leñoso que, imagínense, no obstante los años y el talante *démodé* o a fuer de ellos, desde la vitrina de un revendedor celestino le habría seducido a primera vista, mejor dicho (ya que tal vez no sobrará del todo reparar en tanto aparato de captura y racimo de paréntesis en el preciso instante en que suda y resuda el distinguido caballero ladrón de sí mismo forcejando para abrir como sea el bendito compartimiento en que mantiene demasiado bien encerrada su plata) amo expuesto a tener que admitir que su criado le tiene rudamente cogido desde un principio, así como confiesa: “... y sin embargo me fascinó [*og dog faengslede den mig*]”⁵⁰, literalmente “reducido a prisión”, siendo *faengsel* ni más ni menos que “mazmorra”, puesto a las sombras carceleras de Leporello y Zerlina entre otras reclusas en la fortaleza de madera usada, monumento transexual y multicéfalo, micronecrópolis de invaginaciones laberínticas, cajoncillos, gavetas, extractores de arresto semi-domiciliario en despechada nevera, si se me concede esculcar un engendro lingüístico casi tan inquietante cuanto la palabra *drawers* (de un solo tiro “cajones” y “pantaloncillos”, suficientemente adherentes a *to draw* para evocar “respiro”, “tracción” y “dibujo”), digo el danés *skuffen*: más “cajones”, pero en suspenso de archivo para quien pondere las veleidades de la forma verbal correspondiente, entre la disipación de las ilusiones, *gØre skuffet* es decir “decepcionar”, y el oficio que consiste en “traspalar”, *sne* o “nieve” si el obstáculo de algún vapor de agua helado se interpone.

Por obstinarse en quedar cerrada, una de esas celdillas, la del dinero, le saca la piedra de una soberbia que él mismo aproxima a la de Xerxes, el tirano persa que pretendió castigar las olas del mar⁵¹.

Que la articulación del monstruo doméstico menos sumisa corresponda a una suerte de corazón de repuesto o cabeza alternativa del propio Eremita no es precisamente un secreto. En efecto, título aparte, la primera parálisis disyuntiva del volumen que, entre otras páginas, comprende *La legitimidad estética del matrimonio* y el *Diario de un seductor*, juntamente con los demás ensayos, artículos y aforismos pre-

47. G. Deleuze y C. Parnet, *Dialogues*, París, Flammarion, 1977, pp. 154-155.

48. G. Deleuze y F. Guattari, *Capitalisme et Schizophrénie - L'Anti-Oedipe*, ed. cit., p. 14.

49. S. Kierkegaard, *Enten-Eller I*, Glylndal, Copenhagen, 1988, p. 10 (Cfr. la traducción de F. y O. Prior y M. H. Guignot, *Ou bien .. ou bien...*, París, Gallimard, 1943, p. 6).

50. *Idem*.

51. *Ibid.*, p. 11 (trad., p. 7).

suntamente descubiertos en la otra cripta, la del incalculable don de las intimidades del prójimo, ésa de cuya esquivez el dueño ni siquiera habría tenido noticia, la más secreta, totalmente ignota, la indecidibilidad inaugural del libro por venir se asoma al horizonte de *O lo uno o lo otro* desde la cúspide ficticia del prólogo en que la desimplificante mesa de escribir (deshojada en páginas tan autocontenidas cuanto el calmoso huracán en que se revuelven los soplos del autor A y del autor B, Johannes el Seductor y el Consejero Wilhem, Victor Eremita y Søren Kierkegaard) opone desde adentro al caballero aparentemente en ella y por ella enclaustrado y liberado la misma testarudez que el caballero le opone no menos aparentemente desde afuera:

O bien por haber en mi cólera mal golpeado, o bien por resultar el cajón tan tozudo como yo [*Hvad enten jeg nu i min Vrede slog fejl, eller Skuffen var ligesaa stivsindet som jeg*], en todo caso el efecto no correspondió a mi intención. El cajón estaba cerrado y el cajón permaneció cerrado. Aquí sin embargo pasó otra cosa [*Der imod skeete der noget Andet*].⁵²

La violación de la parte en exceso particular o segmento abusivamente autónomo (aunque, al justo, ¿en qué exacto momento empiezan a volverse inadmisibles las autonomías de articulaciones, artejos o artículos? ¿Cómo distinguir esa fisura sin forzarla en el mismo trance en que se procura consentir su espejismo? ¿A partir de qué choque o de qué electrochoque?) induce por contragolpe la inesperada entrega del más oculto corazón del secretario (apenadísimo, el cazafantasmas no tardará en pedirle perdón desde el derretido fondo del suyo).

La secretísima caleta maquinalmente olvidada de su señor prologuista le depara entonces los documentos que no le pertenecen y sin los cuales no existiría —¿cómo no recordar en este punto preciso, desde el mirador de la cita, lo que me enseñara ya no sé quién, es decir que la modalidad enunciativa del sin-saber pertenece a la in-experiencia del espectro?—:

... pero pasó otra cosa. No sé si mi golpe alcanzó justamente ese punto o si la sacudida total producida sobre la organización completa del escritorio fue su causa [*Om mit Slag rammet netop dette Punkt, eller den totale Rystelse i Secretairens hele Organisation har vaeret Anledningen*], el hecho es que una puerta

secreta [*en hemmelig Dør*], en la que nunca me había fijado, se abrió bruscamente.⁵³

Segunda disyuntiva, en la carne misma del amo-criado: o el *quid pro quo* providencial habría tenido lugar gracias al lugar preciso del punto alcanzado o habría tenido lugar merced a la disipación absoluta de cualquier lugar. El contraste entre la herida puntual del órgano y la insistente totalización del *continuum* resonante no podría ser más enfático. De todas maneras, más acá y más allá de las maneras, sin desarreglo de los sentidos no hay vidente.

Por otra parte (si hay parte en la rotación de disyuntivas tan desarticulantes), al toparse con la introducción al famoso *Diario*, otra historia de secretarios encajados, el caballero de marras observa que aun en su contenido, en uno de los contenidos del más íntimo contenido de su mesa de escribir, se reproduce un idéntico efecto de difuminación expansiva de lo idéntico: “A no se presenta como su autor, sino tan sólo como quien lo publica [...] uno de los autores se encuentra así al interior del otro como ciertos juegos de cajas chinas”⁵⁴, estructura de exinclusión inexpresiva o ultraexpresiva a su vez inscrita en otro de los escritos involuntariamente dados a luz (vaporoso compendio de espectrología titulado *Trazados de sombras – Pasatiempo psicológico*) y allí referida a las efracciones perpetradas por un anónimo degustador de momiecitas sepultas en tumbas ajenas, enfermo, criminal, maldito y ni tan sabio, en fin otro miembro de aquella hermandad de inclinaciones vagamente alejandrinas que responde al nombre de “Συμπαρανεκρωμενοι”, vale decir “Compañeros de la muerte”:

Cuando por mucho tiempo y atentamente se ha mirado un rostro [*Ansigt*], entonces a veces el investigador cae en cuenta de que en ése hay algo así como otro rostro [*ligesom et andet Ansigt inden i det*]. En general es la señal de que no hay que engañarse y de que el alma esconde un emigrante que se ha retirado del exterior para velar sobre un tesoro escondido [*en forborgen Skat*], y el camino perseguido por el movimiento de la observación es indicado por el hecho de que uno de los rostros yace de alguna manera dentro del otro [*ene Ansigt ligesom ligget inden i det andet*], lo que deja entender que uno debe forcejar para penetrar ulteriormente [*man maa straebe at traenge ind Ester*], si uno quiere descubrir algo. [...] El presente es olvidado, el exterior perforado, el pasado resucitado, la respiración de la

52. *Ibid.*, pp. 11-12 (trad., p. 7).

53. *Idem.*

54. *Ibid.*, p. 14 (trad., p. 9).

pena facilitada [*Sorgens Aandedrag lettet*]. El apenado se siente aliviado y el caballero simpatizante de la pena se alegra de haber encontrado lo que buscaba...⁵⁵

Sin suma ni resta de órganos más o menos robados de y por un cuerpo que en sí no cabe, el hartazgo gnóstico y neoplatónico de los adictos a los pasatiempos de una sociedad de siluetas en desbandada psicoanalítica; la salvación que Johannes el Seductor recela y espía trocando rejilla de confesionario por papel; el desespero y el más allá del desespero pregonados por el Consejero Wilhem para espantar el revuelo de bichos que acecha a su perverso alter ego; el perdón de otro fetichista de pesares como Victor Eremita, tan exquisitamente provocador su humor negro hasta dejar sospechar que las entidades fuera de libro y en espera de resurrección tipográfica no ocupen por mero azar el mismo cofre ya ocupado por un par de armas de fuego⁵⁶... todos los soplos sacrificantes y sacrificados que circulan a lo largo y a lo ancho de tanta mesa de escribir y superinstrumento de percusión esquizofrénica cepillando los platillos del atañor de Artaud y del tabernáculo del Bafometo con las colas cenicientas de los felinos de Rothko, si resultan efectivamente herederos del cristianismo, incluyendo el de Kierkegaard, claro está, justamente en razón de su desapego de la efectividad del resultado pertinente, en la alegre demisión de toda avidez misionera y productiva, encajada, desencajada o encajonada, con o sin Marx, con o sin San Freud, con o sin San Pablo, ¿qué tendrían que ver esos vientos con las imperceptibles pugnas de un caballero o espolique de la fe en gira pontificia de Pantera más o menos rosa, eso sí, suficientemente viva para colear con la dignidad del animismo sin reconocerse por ello teleorigenista?

Disolvencia fisonómica tras disolvencia fisonómica, a cierto punto, en la fisión de la certeza puntual, en medio del guión que une y separa a la vuelta del agotamiento del “cada”, cada extractor responde por otro sin tener nada que ver con él, mientras por sí mismo responde sin tener nada que ver consigo.

No responde a alguien *en particular*. No responde a alguien en la particularidad hecha imagen, máxime la de un cuerpo sin órganos echado a las necrofílicas petacas globales. A punto de cambiar el cerebro por dos calzados viejos y disparejos, no responde: rebota, brinca, vibrante muñeco de resorte, ardilla que ni está ni no está.

55. *Ibid.*, p. 162 (trad., p. 137).

56. *Ibid.*, p. 12 (trad., p. 7).

Salto de Moisés, salto de Shíva y Ganesha, salto de Rimbaud, salto de Cortázar y Artaud, salto de Licario, salto de Kierkegaard, salto de cigarra de Hermes Trismegisto y colilla de Gómez Jattin... a través del aro de una cita de Derrida y el remedo de metaventriloquia ad hoc:

‘... una suerte de salto sin desplazamiento [*sur place*] de todo el cuerpo que trueca su voluntad orgánica por una voluntad espiritual, que ahora no quiere exactamente lo que acontece [*ce qui arrive*], sino algo *en* lo que acontece, algo por venir conforme a lo que acontece, siguiendo las leyes de una obscura conformidad humorística: el Evento. Es en este sentido que el *Amor fati* y el combate de los hombres libres son una sola cosa.’ (Habría que citar interminablemente.) [...] Seguiré o recomenzaré a leer a Gilles Deleuze para aprender, y me tocará errar completamente solo en esa larga entrevista que debíamos tener. Mi primera pregunta, creo yo, habría sido alrededor de Artaud, su interpretación del ‘cuerpo sin órgano’, y de esa palabra ‘inmanencia’ a la que él siempre se atuvo, para hacerle o dejarle decir algo que sin duda todavía se nos queda secreto. Y hubiera intentado decirle por qué su pensamiento nunca me ha dejado, desde hace más de cuarenta años. ¿Cómo me dejaría ahora?⁵⁷

Siempre que se esfume esta migraña.

A propósito: en argot parisino “tener mal de cabeza” se dice “*avoir mal au cigare*”, literalmente “dolerle a uno el cigarro”⁵⁸.

57. J. Derrida, “Il me faudra errer tout seul” en: J. Derrida, *Chaque fois unique, la fin de monde (Présenté par Pascale-Anne Brault et Michael Naas)*, París, Galilée, 2003 (1995), pp. 233-238, 235, 238.

58. G. Sandry y M. Carrère (Commissaire de Police à la Sûreté Nationale), *Dictionnaire de l'argot modertne*, París, Au Quais de Paris, 1953. *Voz cigare*.



“Vendo un dibujo de Dios”, plaza de San Francisco, Quito, Ecuador.

Fotografía digital.

50 X 70 cms.

2004.

Fotografía de José Alejandro Restrepo